

*"Por mandato de la Geografía y de la Historia el Paraguay y el Uruguay deben permanecer siempre unidos a través del Paraná y a través de los nobles y generosos ideales que inspiraron a sus Próceres".*

# Artigas en el Paraguay

(1820 - 1850)

Discurso pronunciado por Víctor Natalicio Vasconellos  
en oportunidad del descubrimiento del Busto del Prócer  
Uruguayo en la Villa San Isidro Labrador de Curuguaty  
el 18 de febrero de 1963.

BA 1323

ARTIGAS  
EN EL  
PARAGUAY

"Por mandato de la Geografía y de la Historia el Paraguay y el Uruguay deben permanecer siempre unidas a través del Paraná y a través de los nobles y generosos ideales que inspiraron a sus Próceres".

Discurso pronunciado por Víctor Natalicio Vasconcellos en oportunidad del descubrimiento del Busto del Prócer Uruguayo en la Villa San Isidro Labrador de Ceruguaty el 18 de febrero de 1963.

"SEAMOS LIBRES Y SEREMOS FELICES" Artigas.

A pesar de todo lo que siempre han dicho los detractores de nuestra historia nacional, el doctor Francia manejó en todo momento la política paraguaya con firmeza pero a la vez con tacto. Esto lo dejó ampliamente demostrado cuando, apenas recibido el pedido de asilo de Artigas, despachó a Itapúa a un oficial con veinte húsares para escoltar hasta Asunción al caudillo oriental que, perseguido tenazmente por su ex-lugarteniente Francisco Ramírez, estaba próximo a meterse en los montes a morir quién sabe después de qué padecimientos.

Y cuando supo que Ramírez preparaba un ejército de 4.000 hombres para invadir el Paraguay con el propósito de sacar a la fuerza de nuestro país al prócer oriental, Francia ordenó la movilización de 5.000 hombres para hacerle frente. Bastó la movilización de Francia para que Ramírez se desanimara pero no por eso perdió la esperanza de tener en sus manos a Artigas para hacerle sentir todo

el peso de su odio profundo. Intentó entonces Ramírez realizar sus designios por otros medios y ofreció al doctor Francia la entrega de sus enemigos que se hallaban en el Uruguay y ventajas comerciales para el Paraguay, a cambio de Artigas.

Honestidad y sinceridad probada la del doctor Francia que, desde el momento en que Artigas solicitó asilo, había olvidado totalmente pasadas rencillas con el Uruguay por cuestiones de tránsito y de comercio.

Al caudillo caído en desgracia le mandó Francia alojarse en el Convento de la Merced por espacio de algunos días, puso a su disposición un asistente y le asignó una mensualidad de dos onzas de oro.

El heroico jefe uruguayo que una vez fuera "Protector de los Pueblos Libres" dominando al mismo tiempo al Uruguay, Córdoba, Santa Fe, Entré Ríos, Misiones y Corrientes, por defender la verdad y la justicia, llegó al Paraguay en septiembre de 1820, "sin más vestuario ni equipaje que una chaqueta colorada y una alforja" según dejó testimonio por escrito el propio doctor Francia.

De Asunción pasó a Villa Curuguaty el ilustre prócer uruguayo sin haberse entrevistado con el doctor Francia. Homenaje fue éste a los principios del derecho de asilo que el Dictador paraguayo quiso hacer para no empañar con la más pequeña sombra su conducta de absoluta imparcialidad ante la querrela que se desarrollaba en el pueblo hermano del Uruguay en aquella época.

Pues bien, fue en esta Villa Curuguaty donde vivió por espacio de 25 largos años el gran caudillo oriental José Artigas. No pudo haberse elegido un lugar más indicado

pára que el bravo fundador de la independencia de su patria pudiera vivir en paz y tranquilidad por el resto de sus días en un pedazo de tierra americana, después de haber luchado sin cuartel contra las potencias extranjeras que la querían subyugar y luego contra la anarquía interior.

Hombre de campo, acostumbrado a devorar distancias montado en su caballo zaino, a tratar con las gentes sencillas del interior de su país, y a someter a su cuerpo a los rigores de la vida rural, Artigas habría preferido, desde luego, con toda seguridad, vivir en el campo antes que en Asunción.

Existía además otra razón, pero esta vez de carácter político que recomendaba la no permanencia de Artigas por mucho tiempo en la capital de la República, a fin de garantizar la efectividad de la neutralidad paraguaya ante las cuestiones que se debatían en el Río de la Plata en aquellos momentos.

A fuerza de repetirse, se ha aceptado como una verdad la creencia popular de que en orden de importancia, Curuguaty era la tercera ciudad del Paraguay en los tiempos de Artigas. Esto carece de fundamento histórico y al mismo tiempo agravia gratuitamente a la tradición de esa ciudad que es del más rancio abolengo.

La Villa San Isidro Labrador de Curuguaty fue fundada por Cédula del 31 de agosto de 1721 firmada en San Lorenzo (España) por el primer Rey Bordon Felipe V, y asentada en el mismo lugar en que se encuentra actualmente, es decir, en los 24 grados, 28 minutos y 21 segundos de latitud Sur.

El año de la fundación de Curuguaty, por rara coin-

cidencia, fue el mismo en el que llegó al Paraguay el tribuno José de Antequera y Castro para encabezar la revolución de los comuneros, primer grito de independencia que resonó en los ámbitos del continente americano.

En los tiempos iniciales del Paraguay Independiente la Villa Curuguaty no había sido la tercera, ni la segunda, sino la primera de las villas que había en la República.

Curuguaty estaba por encima de Villa Rica del Espíritu Santo, de Villa Real de Concepción, de Villa San Pedro de Ycuamandjú, de Villa del Rosario del Cuarepoty, de Villa Franca o de Remolinos y de Villa del Pilar de Neembucú.

Por tanto, Curuguaty se hallaba solamente por debajo de la ciudad Nuestra Señora de la Asunción, Capital de la República del Paraguay, con la ventaja sobre ésta de que los pobladores de la misma siempre han gozado de un clima ideal. El único testigo que dejó escrito un libro sobre el Paraguay de la primera época independiente, Mariano Antonio Molas, corrobora esta afirmación en su obra "Descripción Histórica de la Provincia del Paraguay" diciendo que Villa Curuguaty tenía un clima agradable, sin que se sintieran en ella los rigores del calor debido tanto a "...las diarias nieblas, como por estar situada entre montes..."

Por el Río Jejuí Guazú bajaban las jangadas de madera cortada en los espesos bosques que rodeaban a Curuguaty y las piraguas se deslizaban veloces aguas abajo por el mismo río, abarrotadas de bolsas de yerbamate extraída de los inmensos cultivos de esta planta que abundaba en sus comarcas.

Después de recorrer todo el curso del caudaloso Jejuí,

los productos provenientes de Curuguaty llegaban a los puertos situados sobre el Río Paraguay desde donde eran embarcados con destino a los mercados de consumo, uno de los cuales era Montevideo.

La yerba-mate y la madera del Paraguay fueron famosas por muchísimo tiempo en todo el Río de la Plata y hasta en Chile y en el Perú, y fueron las bases de la riqueza nacional en los tiempos de Francia y de los López.

Ilustres patriotas nacieron en esta ciudad, uno de los cuales, el capitán Mauricio José Troche, fue el oficial que mandaba en el cuartel principal de Asunción en la noche del 14 de mayo de 1811 teniendo a sus órdenes a 34 soldados, también como él curuguatyenses, cuando estalló la revolución de la independencia.

La contribución de este pueblo a la causa de la emancipación paraguaya fue invaluable, porque mediante la resolución patriótica de sus hijos se evitó el derramamiento de sangre en aquellos tiempos decisivos para la nacionalidad, y se aseguró definitivamente el nacimiento de la primera república independiente de la América del Sur.

Como si todo lo relatado no hubiese sido suficiente para dar brillo a los títulos de esta ciudad, el 31 de agosto de 1869 la Villa San Isidro Labrador de Curuguaty fue designada capital de la República del Paraguay por el Mariscal Francisco Solano López, en instante en que éste, seguido por su pueblo, alcanzaba el cenit del heroísmo humano en la Guerra Grande.

Colocada en el camino de la larga vía crucis de la epopeya del 70, Curuguaty puede ser llamada con toda justicia "Capital del Heroísmo Paraguayo", porque su nombre se

halla vinculado más que muchos otros a la campaña más difícil de la resistencia nacional, y por tanto se encuentra también más profundamente adentrado en el corazón de todos los paraguayos.

Fue así como en este regazo de tierra guaraní que es Curuguaty, vino a pasar Artigas una gran parte de su vida con muchos de los 30.000 paraguayos que la poblaban en aquel entonces.

El gran caudillo oriental fue rodeado en seguida del cariño de todos los que le conocieron, porque Artigas no vino al Paraguay en son de conquista como Belgrano o como Mitre, con delirio de redentor, sino trayendo debajo de su casaca roja un pecho donde latía un corazón uruguayo que, siendo auténticamente uruguayo, no puede menos que apreciar muy de veras al hermano paraguayo.

Porque como dijera una vez el mismo Artigas, "no hay dos pueblos más estrechamente unidos ni con vínculos más tiernos, más sinceros, más firmes, más llenos de dignidad y grandeza, ni más capaces de caracterizar la verdadera unión que el pueblo uruguayo y el pueblo paraguayo".

En los dulces atardeceres paraguayos seguramente habría meditado profundamente Artigas sobre la voracidad lusitana y la ambición desmedida bonaerense que, disfrazadas de montoneras y guerrillas, le habían desgarrado el alma, señalándole el camino doloroso e injusto del destierro.

Pudo probablemente aquí darse cuenta el gran caudillo oriental de cuán sabia y prudente había sido la política del Dr. Francia, de apartarse de la hoguera que ardía en el Río de la Plata en aquellos tiempos y labrar la felicidad de

la patria con sus propios medios en un acto de fe en los valores autóctonos del pueblo paraguayo.

Artigas era fuerte, pero la intriga y la iniquidad fueron más fuertes aún que él, y por eso llegó a ver a su patria transformada en Provincia Cisplatina, pero la lucha no fue estéril porque legó el ejemplo de su vida a la posteridad oriental y americana, como el tributo máspreciado que un estadista insigne y guerrero sin par puede ofrecer a su patria.

Artigas vino al Paraguay —señoras y señores— porque pensaba y sentía como paraguayo; porque quería romper en su tiempo los grillos con que la tenían sujeta a su patria la aduana bonaerense y la política pérfida e inescrupulosa de la corte de los Braganza, las dos murallas chinas que se oponían al progreso, la prosperidad y la libertad de los pueblos del Río de la Plata.

Por algo la bandera artiguista fue también tricolor: rojo, blanco y azul, los mismos colores que ondearon al frente de los batallones de paraguayos que lucharon contra los invasores ingleses frente a los muros de la Antigua Montevideo comandados por Antonio Tomás Yegros, muerto heroicamente en el campo de batalla. También su hijo Fulgencio Yegros, prócer de la independencia después, peleó en la misma oportunidad, montado en su brioso corcel.

La sangre paraguaya siempre ha corrido generosamente donde la defensa de una causa justa lo ha reclamado. Artigas sabía ésto y lo había visto, y por eso también sabía que podía vivir tranquilo y confiado en Curuguaty, porque hasta el último de los paraguayos estaría dispuesto a sacrificarse porque sus enemigos no entrasen en el territorio nacional a perturbar su sosiego durante la gran ausencia.

Un artículo aparecido en "EL CONSTITUCIONAL" de Montevideo, en su edición del 1º de julio de 1846, donde se decía que Artigas había sido hallado arando y desnudo de medio cuerpo para arriba, dió lugar a que algunos escritores mal intencionados y al servicio de otras causas que no eran las nacionalidades, dijeran que Artigas había padecido necesidades en el Paraguay.

Sin embargo, no hay una sola prueba de que alguna vez el prócer oriental se hubiese arrepentido de haber venido al Paraguay, deshechando el ofrecimiento que el Cónsul norteamericano en Montevideo, en representación del gobierno de Washington, le hiciera para trasladarse hasta la Unión Americana, donde le prometían todas las consideraciones debidas a su rango.

Debe saberse que Artigas empuñó la manquera del arado no por necesidad sino por distracción; que Artigas vivió en la abundancia, porque además de la pensión que Francia le hizo entregar por espacio de más de diez años, recibía ropas, muebles, útiles de labranza, bueyes y otros animales; y que el mismo llegó a tener más de noventa animales permitiéndose la satisfacción de ayudar desinteresadamente a los más pobres del lugar.

Vosotros debéis saber —distinguidos visitantes— que el Jefe de los Orientales y Protector de los Pueblos Libres quiso voluntariamente pasar el resto de su vida y morir en el ostracismo del Paraguay, y que cuando el Presidente Fructuoso Rivera le invitó a repatriarse en el año 1841, Artigas devolvió los pliegos sin haberlos abierto tan siquiera.

Ni su hijo, José María Artigas, pudo en 1846 arrancárnoslo al ilustre proscripto que se aferró a la tierra roja.

paraguaya con la fuerza de las raíces de aquel árbol que plantó en su quinta de Trinidad.

Artigas prefirió vivir entre nosotros roturando la tierra, a todos los honores que le ofrecieran el gobierno norteamericano primeramente, y luego el gobierno y el pueblo uruguayo!

¿Cómo podríamos entonces nosotros —los paraguayos— no ser gratos a la memoria de este hombre que hizo del Paraguay su segunda patria, o si se quiere, la prolongación de su propia patria en las horas más trágicas de su existencia? Porque como bien lo dijera una vez José Enrique Rodó: “no sale de la patria quien, siendo americano, pasa de un pueblo de América a otro pueblo de América”.

Un uruguayo cuyo recuerdo siempre está muy cerca de nuestros corazones, Luis Alberto de Herrera, empleó en una oportunidad una figura literaria original para representar unidos al Uruguay y al Paraguay: dos ruedas y un sólo eje.

Por mandato de la geografía y por mandato de la historia el Paraguay y el Uruguay deben permanecer siempre unidos a través del Paraná y a través de los nobles y generosos ideales que inspiraron a sus próceres.

La evocación de los nombres de Francia y Artigas es suficiente para sustentar, con toda fuerza, el ensueño de dos repúblicas que una y cien veces fueron arrastradas por la fatalidad y otras tantas veces resurgieron aún más fuertes, más grandes y más libres, por la voluntad inquebrantable de sus hijos.

Hermanos uruguayos, que como miembros de las fuerzas armadas sois custodios de la más pura tradición artiguista, vuestra presencia en estas latitudes viene a poner una nota

de honda emoción en nuestros corazones que os abrimos de par en par, sin reservas de ninguna clase, para que veáis que el pueblo paraguayo, desde los tiempos de Francia a los tiempos de Stroessner, sigue siendo siempre fraterno para con vosotros.

No importa que algunos maledicentes quieran apagar nuestros mutuos sentimientos de afecto empleando las más bajas, mezquinas y arteras maniobras.

Si habéis tenido un Francisco Acuña de Figueroa, que escribió las estrofas de nuestros himnos nacionales.

Si habéis tenido un Máximo Santos, que devolvió los trofeos de la guerra del 70.

Si habéis tenido una pléyade de poetas y escritores brillantes como lo fueron Juan Carlos Gómez, Juan Zorrilla de San Martín, José Enrique Rodó, Luis Alberto de Herrera, y otros que exaltaron con sus plumas nuestras glorias del pasado.

Si tenéis a todos los voluntarios uruguayos que visitieron el uniforme verde-olivo durante la contienda chaqueña.

Si tenéis a un Benito Nardone y a un Víctor Eduardo Haedo que hacen un culto de la amistad al Paraguay.

Si tenéis a un Embajador en el Paraguay como Julio César Vignale, que sabe interpretar fielmente su misión de unificar espiritualmente a nuestras patrias.

Si estáis todos vosotros y otros tantos uruguayos que en número de centenares de miles nos quieren de corazón, pueden seguir vociferando inútilmente y urdiendo conspiraciones los disociadores de aquí y de allá hasta que la noche de los tiempos les cubra con el manto de la vergüenza para decoro de nuestras naciones y felicidad de América!

Podéis dejar este busto de José Artigas en este pueblo

de Curuguaty, confiados en que los hijos de los hijos de los hijos de aquellos que lo conocieron de cerca, han de mirarlo siempre con cariño y con respeto como lo hicieron sus antepasados con el gran caudillo oriental exilado.

Para que el cuadro sea completo, hará falta en adelante reponer el marco grandioso de prosperidad de la Villa Curuguaty de otros tiempos.

Distinguidos viajeros, antes de terminar os debo una explicación:

Este pueblo que veis ahora tiene solamente 7.000 habitantes incluyendo todo su distrito, y en nada se parece a la Villa Curuguaty, donde vivió vuestro prócer, debido al hecho de que el Paraguay tuvo que soportar el peso tremendo de dos guerras internacionales, la acción de grandes empresas capitalistas que han explotado por muchos años sus riquezas amasando fortunas colosales sin dejar tan siquiera un poco de pan o un poco de sal para que sus pobladores pudieran completar su frugal comida, y la desidia de gobiernos que fueron desleales a la causa del pueblo.

Muchas veces —resulta doloroso confesarlo— los gobiernos del Paraguay han estado al servicio de la oligarquía económica y política del Río de la Plata dejando de lado el cumplimiento de sus deberes fundamentales para con la patria.

Pero en los presentes días puede decirse, con toda seguridad, que esta etapa ignominiosa de la historia nacional ya se ha superado definitivamente y que estando el Partido Colorado en el poder y el General Alfredo Stroessner en la Presidencia de la República, se verá reverdecer a corto plazo la antigua opulencia de San Isidro Labrador de Curuguaty.

En un futuro cercano se constituirán rutas modernas que comunicarán a Curuguaty con la capital de la República y las poblaciones vecinas, se levantarán escuelas y puestos sanitarios para atender la educación y la salud de sus habitantes, sus productos volverán a enviarse en grandes cantidades rumbo a los mercados de consumo, y todos los curuguatyenses habrán de sentir de esta manera los efectos benéficos del gobierno colorado del Presidente Stressner que busca afanosamente el imperio de la paz, del trabajo y de la libertad en el Paraguay.

Finalmente, debo expresar mis agradecimientos al Excelentísimo señor Presidente de la República por haberme distinguido con el alto honor de hacer uso de la palabra en este acto, tarea que realizo complacido por tratarse del descubrimiento del busto del prócer nacional de un pueblo emprendedor, viril y libre como lo es el pueblo uruguayo.

Hermanados aquí, en este instante, bajo la figura severa del gran libertador José Artigas que retorna, después de más de un siglo, pero esta vez en forma bronceada, gracias a la feliz iniciativa del Embajador Vignale, los paraguayos nos sentimos más iguales, más semejantes, más unidos que nunca con los uruguayos.

Pidamos a Dios que así como ha de bendecir este busto, bendiga también estos sentimientos que hemos enunciado, para que en el seno fecundo de nuestros respectivos pueblos y en la conciencia austera de nuestros gobernantes de hoy y de mañana, fructifiquen generosamente, por toda la eternidad, los ideales americanistas como fueron los de Artigas, cuya memoria augusta evocamos conmovidos en este acto.